

C-18

ARTÍCULOS

PARA LA PRUEBA TESTIFICAL

PROPUESTOS POR EL POSTULADOR DE LA CAUSA

RDMO. DON FRANCISCO TOMASETTI

PARA EL PROCESO INFORMATIVO

SOBRE LA FAMA DE SANTIDAD, VIRTUDES Y MILAGROS EN GENERAL

DEL SIERVO DE DIOS

Don Felipe Rinaldi

SACERDOTE PROFESO DE LA SOCIEDAD SALESIANA

TERCER SUCESOR DE SAN JUAN BOSCO

* 1856 • + 1931

*

SALESIANOS S. Vicente Ferrer

Primado Reig, 2

Teléf. 366 71 07

VALENCIA - 9

CAPITULO PRIMERO

VIDA DEL SIERVO DE DIOS EN GENERAL

NACIMIENTO.—FAMILIA

Artículo 1.—Es cierto que el Siervo de Dios PEDRO FELIPE RINALDI nació el día 28 de Mayo de 1856, a las ocho de la mañana, en Lu-Monferrato, de una distinguida familia de agricultores, en la cual el temor de Dios y la honestidad de costumbres constituían la base tradicional de su linaje sencillo, fuerte y trabajador.

Su padre, Cristóbal, cristiano de pura cepa, de gran sentido práctico, gozaba del aprecio común; su madre Antonia Brezzi, modelo de esposas, de vida angelical y religiosa, influyó tan poderosamente en la educación de sus hijos, particularmente en la de Felipe, que posteriormente a ella atribuyó éste el mérito de su vocación sacerdotal.

Fué bautizado el mismo día de su nacimiento, a las dos de la tarde, en la parroquia de Santa María la Nueva, por el Canónigo Don Francisco Gorlando, siendo padrino Constantino Quartero, labrador de profesión, y madrina Filomena Rinaldi, propietaria, hermana del recién nacido. Estaba entonces de párroco el Canónigo Don Roger Nicolao, Vicario Foráneo.

INFANCIA.—PRIMEROS ESTUDIOS

Art. 2.—Felipe, desde su niñez, llamó la atención por su carácter vivo, dócil y sereno al mismo tiempo,

En todas las páginas se ha dejado un amplio margen a fin de que cada testigo anote en cada Artículo cuanto crea oportuno sobre

trariamente a la costumbre seguida hasta entonces en el pueblo, intuyendo que algún día podría dedicarse a ocupaciones mucho más importantes que las de un propietario rural.

El sábado, día 31 de Mayo de 1862, S. E. Reverendísima Don Luis Nazario de Calabiana, Obispo de Casal-Monferrato, le administró el Sacramento de la Confirmación en la iglesia de Cucaro-Monferrato. Fueron padrino el Rdo. Don Emiliano Manacorda de Felipe, primer Vicario Foráneo de dicha parroquia, y madrina doña Irene Tosso, feligresa de la misma.

Art. 3.—A los doce años, y una vez terminados los estudios de Primera Enseñanza en su pueblo, le enviaron al Colegio de Mirabello, en donde el atractivo de Don Bosco, a través de sus hijos, Don Bonetti, Don Cerruti, Don Albera, transformaba aquella casa en una verdadera familia.

Felipe, que padecía cierta debilidad en el ojo izquierdo, el cual acabó por perder totalmente la visión, estudió con buena voluntad, aunque sin entusiasmo. Hablaba poco y observaba mucho. Yendo una mañana a confesarse con Don Bosco, le vió nimbado de celeste resplandor; y Don Bosco, a su vez, se fijó en el jovencito con especial interés, tanto, que desde aquel día le siguió con paternal e insistente solicitud. Dadas las precarias condiciones de su vista y su debilidad cardíaca, agravada con frecuentes dolores de cabeza, su permanencia en el Colegio fué muy breve.

Felipe volvió al seno de la familia, alternando el trabajo con el retiro, tomando parte con los suyos, anualmente, en devotas peregrinaciones a diversos Santuarios del Norte de Italia, dedicados a la Virgen Santísima.

El Siervo de Dios tuvo dos hermanos: Don Juan

Bautista, que fué Salesiano, y Don Luis; y dos hermanas: Doña Filomena y...

El hermano mayor, Don Juan Bautista, Salesiano, afirma que el Siervo de Dios, después que tuvo que suspender sus estudios, pasaba los días dedicándose al trabajo y al retiro. En los ratos libres iba a casa de su hermano mayor, que estaba de Vicepárroco en Frasinetto-Po, y repasaba cuanto había estudiado o se enfrascaba en la lectura de libros que le dejaba su hermano. No tenía amigos; solamente alguna que otra vez trataba con un tal Luis Rollino, pariente suyo lejano, bastante mayor que él, ya que le llevaba al menos diez años, que era hombre bueno y piadoso, de cierta instrucción, conseguida con lecturas asiduas, y dotado de una hermosa voz de tenor que lucía en las funciones sagradas.

LA VOCACIÓN

Art. 4.—La sólida piedad y la práctica de las virtudes cristianas (herencia de la patriarcal familia Rinaldi, que cuenta entre sus miembros numerosos sacerdotes y religiosas), unido a la predilección por la vida retirada, no podían por menos que inclinar al joven Rinaldi hacia los horizontes vivificados de lo sobrenatural.

Don Bosco, que había intuído la belleza de su alma, le invitó repetidas veces a seguir la carrera sacerdotal; pero Felipe, ya sea por el bajo concepto que tenía de sí mismo, ya por el conocimiento de su estado físico, no creyéndose llamado, daba al Santo respetuosas, pero afirmativas negativas.

En cambio, se sentía llamado a la vida religiosa, pero sin cargas de estudios y atendiendo a oficios humildes.

Y no fueron bastante para hacerle cambiar de

el dolor de cabeza pasara, y en cuanto a la vista, tendrás la necesaria para estudiar.”

Cuando cumplió los veinte años, decidióse a quedarse con Don Bosco.

ENTRA EN LA SOCIEDAD SALESIANA

Art. 5.—En otoño de 1877, contando veintidós años y medio de edad, Felipe entró como hijo de María, obra fundada por Don Bosco para las vocaciones tardías, y que tenía su sede en Sampierdarena.

El Director era Don Albera, que fué para él de grande ayuda y consuelo espiritual. Su fuerza de voluntad y su inteligencia práctica y profunda, le colocaron en los primeros puestos de la clase, sin que nadie se los pudiera disputar; y los dos años de permanencia allí señalaron en él una ascensión constante, sin desfallecimientos y con magnífico aprovechamiento, así intelectual como espiritual.

PROFESIÓN RELIGIOSA

Art. 6.—Después de un año de noviciado, hizo su profesión religiosa en manos de Don Bosco.

La reposada madurez del joven clérigo llamó de tal manera la atención del Maestro de Novicios, Don Barberis, que le nombró, desde el primer momento, asistente general.

ÓRDENES SAGRADAS

Art. 7.—Una vez terminados sus estudios de Filosofía y de Sagrada Teología, bajo la dirección del experto Don Bosco y del insigne teólogo Don Piscetta, fué ordenado de sacerdote el día 23 de Diciem-

bre de 1882 por S. E. Rvdma. Don Luis de los Condes Ricardi, Obispo de Ivrea.

Permaneció todavía por espacio de nueve meses en la casa de Noviciado, ocupándose de los clérigos y profundizando sus estudios de Moral; pasado este tiempo y después de hacer los Ejercicios Espirituales, dejaba aquella casa para comenzar su vida de gobierno.

ACTIVIDADES Y CARGOS

Art. 8.—Fué nombrado Director de los Hijos de María, primeramente en la casa de Mathi, y después en Turín. Parecía cortado a medida para tal cargo, ya que se requiere para su desempeño paternidad, prudencia, discernimiento y práctica de todas las virtudes.

Art. 9.—Pasó a dirigir la casa de Sarriá, desempeñando el cargo de Director por espacio de tres años, dando gran desarrollo a las Escuelas Profesionales, impulsando los estudios clásicos, enderezándolos con la mira de favorecer las vocaciones eclesiásticas, agrupando en torno de la iglesia pública las obras de apostolado entre los fieles y abriendo dos nuevas casas.

Art. 10.—Nombrado Inspector, las casas por él fundadas en España llegaron a quince, comprendiendo entre ellas la de Noviciado, y echó los cimientos de la décimasexta en Córdoba. En Portugal fundó la casa de Braga en 1894, y al año siguiente, la de Lisboa. El impulso dado a la obra salesiana en España fué tan vigoroso, que para sistematizarlo bien, fué preciso constituir dos nuevas Inspectorías, con sede en Sevilla y en Madrid, cosa que se realizó en el

fiadas.

Para la buena prensa inició la publicación de las "Lecturas Católicas", un Semanario para los juvenitos y una Biblioteca para la juventud estudiosa. Cuidó y sostuvo a las Hijas de María Auxiliadora, quienes tuvieron en él, en España, un pastor amoroso y un padre escogidísimo.

Art. 11.—En el mes de Marzo de 1901 fué nombrado Prefecto General por el Rector Mayor, Don Rúa.

En el desempeño de este cargo fué pródigo sin prodigalidad, misericordioso sin debilidad, corrector de hombres y de situaciones sin faltar a la caridad y a la justicia, como requieren las funciones de un Prefecto, poco aparatosas y sumamente onerosas. Estuvo en este cargo más de veinte años, ya que se había ganado la confianza de sus hermanos en religión de un modo tal, que le reeligieron por tres veces consecutivas.

El incansable trabajo desarrollado entre los Antiguos Alumnos con reuniones de estudios y estímulos de toda clase, dió como fruto la organización internacional de Antiguos Alumnos Salesianos, que inmediatamente produjo consoladores frutos de bien.

A pesar de los trastornos causados por la primera guerra mundial, pudo inaugurarse un grandioso monumento a Don Bosco en Turín, con asistencia de las más altas autoridades italianas y escogidas representaciones de veinticuatro naciones.

A él se debe el que por espacio de seis años en el Estudiantado Teológico de Foglizzo-Canavese se lograra formar a los clérigos de todas las partes del mundo en el genuino espíritu de Don Bosco y en

la práctica de la pedagogía salesiana, con conferencias especiales sobre la recta interpretación de las Reglas, de las tradiciones y enseñanzas y ejemplos paternos.

Art. 12.—Por dos veces, a su cargo de Prefecto General, se añadió el gobierno interino de la Congregación: en 1910, por el fallecimiento de Don Rúa, y en 1921, por el de Don Albera.

El día 24 de Abril de 1922 fué elegido Rector Mayor de la Congregación.

El espíritu de Don Bosco fué el principal inspirador de todos sus actos y el objeto principal de su gobierno.

OBRAS

Art. 13.—Su profunda e intensa vida interior, no disminuía jamás por su compleja actividad, adornada externamente por su típica calma que era la síntesis de sus eminentes virtudes, le proporcionó ocasión de iniciar muchísimas obras de bien.

Art. 14.—;Seré yo también misionero?, preguntó un día a Don Bosco.

Y el Santo le contestó: “Tú mandarás a los demás a las misiones.”

En 1922 fundó el Instituto Misionero “Cardenal Cagliero”, en Ivrea; a éste le siguieron, durante nueve años, otros nueve de la misma clase, los cuales tenían por objeto procurar la más completa formación espiritual, cultural y profesional de los futuros misioneros, sacerdotes y coadjutores, destinados a las naciones más cultas y difíciles, como el Japón y la India, confirmando, también en este campo de actividad, aquella primacía de sano modernismo que tantas veces le hacía repetir a Don Bosco que “quería in siem-

expediciones y fundando en el nombre del Papa y en el de Don Bosco Misiones en el Chaco Paraguayo, en el Alto Luapula, en el Congo; en Porto Velho, en el Brasil; en Miyasaki, en el Japón; en Rajaburi, en el Siam; en Krishnagar, North Arcot y Madrás, en la India.

Art. 15.—Nombrado por la Santa Sede Delegado Apostólico para las Hijas de María Auxiliadora, desarrolló en favor de las Hermanas una solicitud singularmente paternal.

Ya siendo Prefecto General, les había prodigado cuidados y consejos, dando prueba no solamente de exquisito tacto y habilidad, sino también de espíritu elevado y de grande generosidad. Fué su padre hasta el fin de su vida en el más verdadero, sacerdotal y amplio sentido de la palabra. Todas las obras desarrolladas por las Hijas de María Auxiliadora fueron por él animadas, sostenidas y aumentadas. Por su consejo abrieron casas para sostener y recoger huérfanas de guerra.

Art. 16.—Fué él quien comenzó las Escuelas Profesionales diurnas, nocturnas y festivas para las hijas del pueblo, para las jóvenes obreras de las fábricas, lastimosamente encaminadas hacia el materialismo socialista.

Compuso obritas dramáticas de carácter sagrado para los teatros de los Oratorios Festivos femeninos.

Art. 17.—Dió poderoso impulso a la Unión de Padres de Familia; mejoró el funcionamiento de la gran familia de Cooperadores Salesianos; procuró la fundación del Patronato de Señoras para las Misiones Salesianas, agregándole el costurero para la confección

de ropas, y el de las Celadoras de María Auxiliadora.

Puso todo su corazón y su profunda inteligencia en mejorar el funcionamiento de los Oratorios Festivos, palestra de sacrificio y de apostolado, que recogen centenares de jóvenes de todas las clases sociales, especialmente de las más humildes, y los completó con círculos de juventud. En ellos fundó las Mutuas para Antiguas Alumnas.

Art. 18.—Escogiendo las mejores entre las jóvenes, fundó la Asociación de las Hijas de María Auxiliadora en el siglo, dotándolas de reglas apropiadas.

Animó la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, cuyas asociadas se ejercitaban en la práctica de las virtudes y difundían su apostolado, no solamente entre las oratorianas, sino entre las familias, y el Siervo de Dios las alentaba y sostenía. Fundó, además, una Asociación gimnástica.

Hechura suya son las Propagandistas Misioneras y la Unión Don Bosco para las Maestras.

Art. 19.—Además de la actividad desarrollada en el sagrado ministerio, desplegó otra más escondida, pero no menos meritoria, la de la asistencia espiritual y moral a los enfermos, especialmente en la epidemia de gripe, que tantas víctimas causó.

Valiéndose de sus penitentes más generosas, logró prestar asistencia, incluso material, a centenares de familias atacadas, esparciendo la luz de la caridad cristiana, el consuelo de la misericordia divina y el alivio de la caridad heroica.

Art. 20.—Durante su gobierno, el número de las casas salesianas aumentó en más de 250, y el de los salesianos, en más de 4.000; pero su obra más hermosa fué la del ejemplo insigne de una paternidad so-

templados en la propia anegacion y en la continua
unión con Dios.

ENFERMEDAD Y SANTA MUERTE

Art. 21.—Desde hacía algunos años los trastornos cardíacos con los insomnios consiguientes, postulación de fuerzas y otros achaques llenaban de molestias su existencia.

Desde 1928, la arterioesclerosis degeneró en miocarditis y le causó trastornos tales, que el día 5 de Diciembre de 1931 le sobrevino, en su sillón, la muerte por él prevista y esperada, cuando acababa de conceder poco antes una audiencia a un querido hijo suyo de la Inspectoría del Sur de Francia.

CAPITULO II

DE SUS VIRTUDES HEROICAS

EN GENERAL

Art. 22.—Desde sus más tiernos años hasta su muerte, ya sea en el seno de la familia, ya sea en el seno de la Congregación, fué constante modelo de todas las virtudes, practicadas en grado heroico, ya que las virtudes teologales, cardinales y morales las practicó asiduamente en todo tiempo y con una serenidad de espíritu admirables.

Art. 23.—Tanto siendo súbdito como superior, fué siempre exactísimo en la observancia del decálogo, de las leyes de la Iglesia, de los consejos evangélicos y de las Reglas de la Congregación.

Con celo nada común dedicó toda su vida a la gloria de Dios y a la salvación de las almas.

Art. 24.—El modo como cumplió sus deberes de religioso, de sacerdote, de superior, de director espiritual; la manera de comportarse ante las vicisitudes que caracterizaron su gobierno; el dominio absoluto de sus actos, la prudencia y calma que caracterizaron su personalidad atestiguan, sin dejar lugar a dudas, que el Siervo de Dios ha practicado todas las virtudes en grado heroico.

SUS VIRTUDES TEOLOGALES

FE HEROICA

a) *En su interior.*

Art. 25.—El Siervo de Dios, Don Felipe Rinaldi, resplandeció siempre por una fe profunda e inalterable durante toda su vida, dando de ello pruebas desde su infancia.

Art. 26.—Le gustaban sobremanera las funciones sagradas, en las cuales participaba con asiduidad, fervor y recogimiento. Señal inequívoca de su fe era la atracción que sentía hacia la vida religiosa, sobre todo humilde y escondida.

Art. 27.—Su vida de fe interior fué la que le indujo a entrar en la Sociedad Salesiana.

Siendo estudiante y novicio se distinguía por su porte recogido, señal inequívoca de la vida de fe interior que le animaba.

Art. 28.—Su vida de fe le inclinaba a la obediencia cordial, sencilla, perfecta a los Superiores y a sus directrices. En el desarrollo de sus actividades puso siempre como base una fe viva y ardiente, procurando por todos los medios posibles que sus súbditos y los que se colocaban bajo su dirección espiritual aumentasen su fe y viviesen de ella habitualmente. Repetía con frecuencia: “Santifiquemos la hora que pasa.”

Art. 29.—Evidencia su vivísima fe el modo cómo estaba ante el Santísimo Sacramento y el porte recogido y devoto que tenía al meditar y al rezar.

b) *Externamente.*

Art. 30.—Intimamente persuadido de cuán apreciable es el don de la fe, empleó resortes, del todo particulares, para infundirla entre el pueblo y en cuantas personas se ponían en contacto con él, con sermones, ejercicios espirituales, conferencias, exhortaciones, aun con grave sacrificio para su salud.

Dirigiéndose a Massa Carrara, con objeto de reparar sus exhaustas fuerzas, pasó por Niza de Monferrato, donde se encontraba entonces la Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora; accediendo a los ruegos de las Hermanas, les dió en un día cinco conferencias, impregnadas, como siempre, de los efectos de su íntima unión con Dios y los fulgores de su fe operante y activa.

Art. 31.—Su celo por aumentar el número de los Salesianos y extender más y más su radio de acción, tanto en Italia como en el extranjero, y sobre todo en tierras de misión, el conjunto todo de su actividad, que se presenta en un complejo verdaderamente grandioso e imponente, evidencian su fe heroica.

Art. 32.—Las verdades reveladas que enseñaba a los fieles y profundizaba entre sus hijos e hijas espirituales, eran la irradiación natural de su vida interior, de su constante vivir en la presencia de Dios, ya que actuaba la frase de San Pablo: “No soy yo el que vive, sino Cristo el que vive en mí.”

Art. 33.—Alimentaba su fe con la práctica de santas devociones.

a) *En la celebración de la santa Misa.*

En la preparación a la santa Misa y en su cele-

todos sus actos el alto concepto en que tenía la dignidad sacerdotal.

b) *Devoción al Santísimo Sacramento.*

Art. 34.—La Santísima Eucaristía fué la devoción base de su alma. Siempre que podía visitaba el Santísimo Sacramento; las noches de insomnio las pasaba en espíritu delante del Tabernáculo rezando en particular y en general por todos con fe ardiente y amor vivísimo.

Exhortaba a sus hijas espirituales a vivir unidas a Jesús Sacramentado en todos los momentos del día, y no dejaba pasar ocasión para animar a la comunión frecuente, que consideraba como remedio infalible y palanca de primer género para conseguir el progreso espiritual.

c) *Devoción a la Virgen Santísima.*

Art. 35.—La Virgen Santísima, bajo la advocación de Auxiliadora, Dolorosa e Inmaculada, constituyó el grande amor de toda su vida.

La Virgen Santísima, que veneró y amó fervorosamente desde su infancia, fué por él exaltada, predicada, presentada como modelo, hecha objeto de su más intensa devoción y propaganda, en toda circunstancia, grande o pequeña, pública o privada de su largo ministerio.

Testimonio de su fe y devoción hacia la Virgen Santísima son las numerosas obras marianas por él creadas, como la de las Hijas de María Auxiliadora en el siglo y el impulso que dió a las existentes con el nombre de María.

Inspiraba a las jovencitas que tenían que pasar el

día entre graves peligros para su virtud y en ambientes infectos de materialismo marxista, la devoción a la Virgen, consiguiendo de ellas no pocos actos de heroísmo en la práctica de la castidad.

d) *Hacia los Santos.*

Art. 36.—Nutría una devoción particular hacia Don Bosco, cuyos prodigios había presenciado y cuyas heroicas virtudes había admirado desde pequeño. Don Bosco fué su modelo, su inspirador, su guía. Empleó toda su existencia en robustecer el espíritu genuino del Santo Fundador, a fin de que la Congregación Salesiana permaneciese fiel a su glorioso pasado.

Puede decirse que las devociones de Don Bosco fueron también devociones de Don Rinaldi, ya que honró siempre a San Francisco de Sales y a los grandes Santos honrados por el Padre. Sabía, empero, adaptar las características particulares de cada santo a las necesidades contingentes de los fieles; así, por ejemplo, a una Asociación deportiva le dió como protectora a Santa Juana de Arco.

La devoción hacia los Santos significaba para el Siervo de Dios la imitación de las virtudes peculiares de los mismos.

ESPERANZA HEROICA

Art. 37.—En todos los momentos de la vida del Siervo de Dios brilló una esperanza heroica por el abandono pleno y filial al divino querer; esta esperanza le alentó durante las más duras pruebas de la vida por que tuvo que pasar, pero sobre todo en el período de su última enfermedad.

Art. 38.—Fué su esperanza heroica la que le hizo aceptar con sencillez cualquier encargo que le hicie-

a) *En las Obras que emprendió.*

Art. 39.—El abandono en Dios, fruto de su heroica esperanza, imprimió en su espíritu una confianza inmensa en la asistencia divina, tanto para aquellas obras que debía acrecentar, como para aquellas que debía emprender, e imprimió al mismo tiempo en su aspecto exterior aquella incomparable serenidad que consiguió calmar los ánimos más agitados y conducir al buen camino a personas abiertamente contrarias a la Iglesia.

Art. 40.—Fué su esperanza heroica la que le movió a llevar a cabo una suma extraordinaria de obras buenas y caritativas.

b) *Contra las dificultades de toda suerte.*

Art. 41.—Fué una esperanza heroica la que le hizo aceptar con serenidad, hábilmente disfrazada, las miserias procedentes de su falta de salud y los sacrificios inevitables, propios de la vida de comunidad.

c) *En las enfermedades.*

Art. 42.—La heroica esperanza que le animó en el curso de sus numerosas enfermedades, le hizo aceptar con admirable serenidad de espíritu, principalmente la dolorosa deficiencia visiva, que en él se presentó desde su infancia, ya que cuando le llevaba su madre a la iglesia notaba un movimiento insólito en las llamas de las velas; excusado es decir que esta deficiencia en la vista le proporcionó gran cansancio du-

rante el período de sus estudios y le obligó a soportar graves molestias de todo género.

Más tarde se desprendió la retina de su ojo izquierdo, teniendo que valerse únicamente del derecho, el cual, a su vez, fué también más tarde atacado de glaucoma, por cuya causa se vió privado de escribir, teniendo que valerse, para ello, de secretarios.

CARIDAD HEROICA

a) *Para con Dios.*

Art. 43.—Fervorosa y constantemente, practicó Don Felipe Rinaldi la caridad para con Dios. Pruebas fehacientes de su heroica caridad son: la observancia de los mandamientos de la Ley de Dios y el cumplimiento de los deberes del propio estado, el fervor con que predicaba y exhortaba al amor de Dios, su vida de intensa piedad, su porte en la iglesia rezando o celebrando la santa Misa, ya estando solo, ya en presencia de los Hermanos o de los fieles.

Art. 44.—Demostró asimismo su heroica caridad uniformando su voluntad con la divina. Sus pensamientos, palabras y obras no iban dirigidos a otro fin. Prueba de ello son el sinnúmero de exhortaciones, de palabra y por escrito, en las que recomendaba la más completa y total adhesión de la propia voluntad a la divina, por constituir el fundamento de la ascética cristiana.

Art. 45.—Recomendaba calurosamente a los Hermanos, a los misioneros, a sus hijos e hijas espirituales de todo el mundo que se sujetasen con ánimo sereno y filial abandono a las disposiciones de la Providencia, tanto en las humillaciones como en los acon-

lo que no podemos. El Señor es el dueño de la viña. El sabe lo que quiere de nosotros y lo que es de su agrado. Queda, por tanto, tranquilo y descansa en la divina Providencia. También yo hago lo que puedo.”

Una vez que fué atacado su ojo derecho, único que poseía, de glaucoma, se le insinuó que pidiera su curación. El contestó: “Cumpló la voluntad de Dios. El conoce lo que me conviene y El proveerá. Estoy resignado a pasar mi vida en el confesonario o en mi habitación.” Entonces era Prefecto General de la Congregación.

Art. 46.—Prueba fehaciente de su vivísima caridad hacia Dios era el odio encarnizado que tenía al pecado. Se alegraba con las almas por él dirigidas cuando lograban vencer y les proporcionaba óptimas y prácticas sugerencias para no sucumbir.

El ardor de la caridad hacia Dios le hacía soportar heroicamente cualquier contrariedad, cualquier trabajo por la salvación de las almas y la propagación del Evangelio, para dar a conocer y lograr hacer amar al Vicario de Jesucristo y animaba a todos a imitar al Fundador y Padre Don Bosco.

b) *Caridad heroica hacia el prójimo.*

Art. 47.—En el ejercicio de la caridad hacia el prójimo fué el Siervo de Dios la copia viviente del santo Fundador. Toda su vida constituyó un ejercicio continuo, generoso, circunspecto y prudente de esta virtud.

Art. 48.—No apreciaba los dones sobrenaturales, espirituales, morales y materiales, sino en cuanto se

enderezaban a la práctica de esta virtud, meta genuina de la religión católica. Su exquisito y profundo sentido de caridad, coadyuvado por una admirable psicología, abrazaba todas las necesidades de la humanidad, desde las más comunes hasta las más elevadas. Se interesaba por la salud de cuantos trataba con la misma solicitud de una madre previsora; sabía intuir y proveer con una delicadeza insospechable en una persona de tan graves y enervantes ocupaciones.

Art. 49.—Imprimió en todas sus obras el sello de una suavísima paternidad.

De él se escribió con justicia que supo comprender todo dolor y compadecer toda miseria humana. Fué el Padre bueno que reflejó sobre la tierra un rayo de la bondad de Dios.

c) *Caridad hacia los enfermos.*

Art. 50.—Siguiendo el ejemplo del Divino Salvador, sentía gran compasión por los sufrimientos corporales de los demás, y no dejó pasar ocasión alguna que se le presentase para disminuirlos o hacerlos desaparecer del todo en las personas que directa o indirectamente le trataran.

En la epidemia de gripe del año 1918, los atacados que yacían en las clínicas o en los hospitales le veían impensadamente junto a su cabecera, como ángel custodio que les confortaba. Visitaba las familias más humildes de Turín, especialmente del barrio de Valdocco, superando a veces la hostilidad de algún miembro de las mismas que era poco afecto a la religión, y les prodigaba ayudas materiales, y, sobre todo, consuelos espirituales. Con frecuencia, en lo más crudo del invierno, antes de celebrar la santa Misa, a las 4'50 (hora legal, no solar), administraba la comunión a los enfermos, sin reparar en la distancia, aun-

Art. 51.—Inspirado en el ejemplo del DIVINO maestro, que sanaba los cuerpos para curar las almas, el Siervo de Dios tuvo siempre como meta la salvación espiritual del prójimo.

Ello explica la prontitud y asiduidad con que acudía al confesonario y su entrega total a la dirección de las almas, hasta el punto de sacrificar el alimento, el reposo y el descanso con una abnegación verdaderamente heroica. Después de la Fiesta de María Auxiliadora se le encontró, en una ocasión, desvanecido en su habitación, debido al cansancio producido por las excesivas horas dedicadas al confesonario.

Empleaba todos los resortes de su poderoso ingenio práctico en ayudar a las almas, hacia las cuales su caridad sobrenatural y su paciencia y prudencia llegaron a metas elevadísimas. Repetía con frecuencia esta máxima: “Haced cuanto bien podáis y bajo cualquier forma que os lo presente el Señor.”

Era el “PADRE” por antonomasia, al cual acudía toda clase de personas y de cualquier clase social: religiosos, Superiores de Comunidades, sencillos fámulos, Obispos, intelectuales, obreros, personas de elevada posición política o cultural, humildes verduleras del mercado de Porta-Palazzo de Turín.

e) *Caridad hacia los Hermanos.*

Art. 52.—Cuantos vivieron más cerca del Siervo de Dios y estaban ligados en la Congregación con los mismos votos, tuvieron ocasión de admirar en él las características de la caridad, conforme nos las describe el Apóstol.

Su espíritu longánimo, paciente para con los rebeldes, caídos o los caracteres difíciles, alguna vez

fué interpretado como señal de debilidad; pero en el Siervo de Dios privaba más el espíritu de Jesús junto al pozo de Sicar que no la severa justicia de los hijos del trueno.

Supo perdonar, olvidar, y lo que es más todavía, beneficiar a cuantos le hicieron saborear la hiel de la ingratitud o del injusto rencor.

Dejó escrito en sus notas: "Mi mayor sufrimiento es conocer que he hecho sufrir a mis Hermanos.

El Siervo de Dios practicaba cuanto sugería a los demás, y con su caridad, logró atraer hacia el bien a personas no practicantes o contrarias a la Religión.

DE SUS VIRTUDES CARDINALES

PRUDENCIA HEROICA

Art. 53.—El Siervo de Dios, apoyado en una profunda vida interior, con un natural y agudo discernimiento de personas y cosas, ponderado en el hablar, reflexivo en el obrar, heroico en la práctica de las virtudes teologales, no pudo dejar de serlo lógicamente en la práctica de las virtudes cardinales.

Solamente una heroica prudencia podía guiarle en tantas y tan numerosas obras de ministerio, en la dirección de las casas y en tantas y tan difíciles situaciones, ya sea por lo que se refiere a su propia vida como a la marcha de la misma Congregación, ya por lo que se refiere al Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

a) *En su juventud.*

Art. 54.—Desde pequeño demostró poseer una prudencia admirable evitando la compañía de amigos disipados o peligrosos, mostrándose aferrado a las tradiciones religiosas de su pueblo, dándose el caso de que en la Cofradía de San Blas, en la cual los cofrades eran más bien ancianos, se impuso de tal manera, que, con maravilla de todos, fué elegido Prior, contando solamente dieciocho años.

Era parco en palabras, mesurado en las expresiones, tranquilo y reposado en los modales y, en fin, equilibrado en todo.

b) *En el ministerio.*

Art. 55.—Ya desde sus primeros años de estudios, siendo clérigo, reveló tal prudencia, que se conquistó bien presto un notable ascendiente entre sus compañeros; era verdadero modelo en la exacta observancia de las santas Reglas, en su fidelidad al deber, en la práctica de la vida salesiana. Su prudencia hacía afluir a su confesonario a muchísimas almas que se confiaban a sus cuidados, y él las dirigía con tan iluminada eficacia, que dejaba en ellas profunda impresión y depositaban en él una confianza ilimitada.

La palabra de Don Rinaldi era el consejo, el juicio, la sentencia de un sacerdote santo, que todo lo subordinaba a la oración, a fin de obtener las luces necesarias.

Don Rinaldi fué el padre y director espiritual iluminado.

c) *En la vida práctica.*

Art. 56.—Manifestaba claramente su prudencia en su modo de obrar.

Los asuntos importantes los hacía preceder de triduos y novenas, en las que tomaba parte, imitando al Santo Fundador.

Al ser preguntado, siempre se recogía un momento antes de contestar; después lo hacía, y mandaba o sugería con dulce firmeza.

Cuando se le referían asuntos que él ya conocía de antemano, nunca lo daba a entender, ya sea para no aparecer ante su interlocutor como influido de antemano, ya por prudencia hacia aquel o aquellos que le habían enterado.

En aquellos casos en que debía imponer su autoridad o se veía precisado a amonestar a alguno, su prudencia era "el equilibrio perfecto entre la firmeza

d) *Con las autoridades eclesiásticas y civiles.*

Por los cargos que ocupó, tanto en Italia como en España, el Siervo de Dios tuvo contactos frecuentes con personalidades del Gobierno, con soberanos, con autoridades eclesiásticas.

Su perspicaz prudencia le puso en condiciones de conocer a fondo la psicología de las diversas naciones en las cuales existían obras salesianas, hasta el punto que causaba la impresión, a las personas de las distintas nacionalidades, de que había vivido largo tiempo entre ellas; resulta imposible calcular el afecto y la estimación que este conocimiento le granjeaba.

Hablaba con Cardenales, Obispos, personas de la Casa Real, Príncipes, Nobles y dignatarios de toda clase con una sencillez encantadora, que resultaba tanto más atrayente cuanto que iba unida a una dignidad que se imponía.

Su lenguaje era modesto sin retórica, pulido sin amaneramiento, desprovisto de toda afectación cultural; resolvía los problemas que se le proponían con admirable sencillez; su espíritu superior y la finalidad sobrenatural que daba a su vida, le ponían en trance de adaptarse a los diversos problemas de la vida social.

En el trato con personas políticas se comportaba siempre como Don Bosco, con miras al alma y sugiriendo siempre la santificación personal en todas las actividades peculiares de los individuos.

Los periódicos de Turín, cuando fué elegido Rector Mayor, escribían de él, entre otras cosas, lo siguiente: "Su lenguaje es sencillo y llano, como quien, por su larga experiencia, ha aprendido a compadecer y perdonar. Y nunca se trata con él sin sentirse mejorado."

JUSTICIA HEROICA

a) *Hacia Dios.*

Art. 58.—Demuestra la justicia heroica del Siervo de Dios el hecho de haberse consagrado enteramente a la causa de la religión. Dios y la propia santificación fueron las razones supremas de su existencia.

Art. 59.—Exigió siempre el máximo decoro en las iglesias y capillas de la Congregación; tuvo particularmente empeño en que se observase la Liturgia. Procuró que el canto en las funciones sagradas fuese ejecutado a perfección e inspirase sentimientos de adoración y de amor hacia Dios.

Cuando celebraba la Santa Misa edificaba a cuantos a ella asistían con su recogimiento y fervor.

b) *Hacia el prójimo.*

Art. 60.—Se puede afirmar que el Siervo de Dios veía en el prójimo la persona de Jesucristo. Nunca se le pudo acusar de haber cometido la menor injusticia o parcialidad hacia alguno.

Art. 61.—Daba audiencia a todas horas y a cualquier clase de personas; en él residía la verdad, la franqueza, la más delicada sinceridad en el hablar, aconsejar, obrar y dirigir; quien le hacía el menor favor sabía que le estaba agradecido; agradecía hasta un consejo que se le diera.

Art. 62.—Demostró siempre el Siervo de Dios vivo agradecimiento a los bienhechores de las obras salesianas o a los que las favorecían de cualquier manera que fuese. Cuanto se honraba en su persona lo

que había cambiado de idea y había desistido la limosna a otra obra; y le contestó el Siervo de Dios, diciéndole que estaba contento lo mismo, con tal que se hiciese el bien. Dicha señora quedó tan impresionada, viendo tanta pureza de intención y tanto amor de Dios, que al día siguiente le remitió la cantidad prometida.

Art. 63.—En tratar los asuntos propios de su cargo fué siempre ordenado, justo y estaba dispuesto a rendir siempre sus cuentas. En las limosnas que recibía para determinadas obras de caridad, respetó siempre la voluntad de los donantes, e inculcaba la más escrupulosa justicia en semejantes asuntos.

Art. 64.—Ejercitó, en fin, la virtud de la justicia sin demora y con cualquiera que fuese.

FORTALEZA HEROICA

a) *Consigo mismo.*

Art. 65.—Su férrea voluntad de tender constantemente a la perfección, fué un heroísmo de fortaleza: Ser santo fué el objeto principal de su existencia.

Art. 66.—Fué austero e inflexible consigo mismo. Actuó plenamente la máxima de Don Bosco: “Los Salesianos descansarán en el Paraíso”, ya que trabajó incansablemente con sacrificio heroico, rindiendo su cuerpo hasta lo inverosímil.

Art. 67.—Su espíritu jamás se doblegó, ni por el desaliento ni por la pusilanimidad. A imitación del Santo Fundador, estaba persuadido de que debía olvidarse de sí mismo para pensar solamente en Dios y en las almas; las persecuciones, las tribulaciones, la lucha por el bien las reputaba como un grande honor.

b) *En las tribulaciones.*

Art. 68.—Sufrió la tribulación desde su más tierna edad a causa de su poca salud y de su mala vista. El estudio fué para él como un palenque, en donde brilló la virtud de la fortaleza en sus años juveniles.

En su cargo de Prefecto General, cargo que lleva consigo los asuntos más difíciles y que debe hacer la “parte odiosa”, no se preocupó lo más mínimo del peso ingente que dicho cargo representaba para su espíritu tan delicado; por lo demás, lo ejerció con tanta caridad y paternidad, que consiguió hacerse querer hasta de aquellos sobre quienes tenía que recaer necesariamente alguna amonestación.

El amor que tenía a las almas le hacía sufrir serenamente protestas y humillaciones.

Art. 69.—Siendo Rector Mayor tuvo que sufrir, en el año 1930, la clausura de los Oratorios Festivos llevada a cabo por las autoridades fascistas; y con digna firmeza mandó notificar al Alcalde de Turín la arbitrariedad de la decisión, y puso de relieve como jamás, ni tan siquiera en tiempo de persecuciones masónicas, se tomó una providencia semejante contra Don Bosco.

En un lastimoso conflicto entre obreros y patronos de un gran establecimiento turinés y en el cual el Siervo de Dios Don Rúa intervino como árbitro de paz, fué la obra firme y sabia del Siervo de Dios la que preparó el terreno para llegar a una suave inteligencia entre los contendientes.

c) *En el gobierno de la Comunidad.*

Art. 70.—La heroica fortaleza del Siervo de Dios queda bien patente en el modo como ejerció el cargo

SALESIANUS S. Vicente Ferrer
Primado Reig, 2
Teléf. 366 71 07
VALENCIA 9.

por parte de los religiosos, no se turbaba por ello, pero tampoco cedía en sus postulados ni en los propósitos tomados. Era paternal, pero no débil; daba a cada uno cuanto necesitaba, pero exigía a cada uno cuanto podía rendir.

TEMPLANZA HEROICA

Art. 71.—El Siervo de Dios practicó también heroicamente la virtud de la templanza. Desde su niñez hasta su ancianidad no se sabe que se permitiese jamás un descanso que se apartase de sus fines espirituales. Una de sus raras distracciones del trabajo cotidiano consistía en pasar un rato en los Oratorios Festivos, ya de los Salesianos, ya de las Hijas de María Auxiliadora, para tomar parte en sus funciones, pero sobre todo para tener ocasión de observar cómo funcionaban y animar a todos para su mejoramiento.

Art. 72.—En la religión practicó siempre la mortificación interna y externa, mediante la observancia ejemplar de la vida común. Siendo clérigo todavía, ya escribió en su programa diario: “quiero tomar solamente el alimento necesario para conservar la salud. Lo mismo digo de las horas de reposo”.

Fué sobremanera sobrio en la comida y en la bebida; en la cena, como mortificación, bebía solamente agua. Jamás se concedía la más mínima satisfacción humana.

Fué mortificado en la guarda de los sentidos; en su porte y en su trato se adivinaba una mortificación, en tan alto grado, que elevaba los corazones y animaba al bien a cuantos le trataban.

CAPITULO V

SOBRE OTRAS VIRTUDES MORALES PRACTICADAS HEROICAMENTE

CASTIDAD HEROICA

Art. 73.—Desde su infancia amó el Siervo de Dios la virtud de la pureza inculcada por su madre y recibida por el ejemplo de sus familiares.

Art. 74.—Durante su apostolado tuvo que tratar con diversas damas de la aristocracia y con mujeres de toda clase y de distinto nivel, moral e intelectual; trató con ellas con tal dignidad y prudencia, con tal delicada seriedad, que daba claramente a entender que él veía en cada una de ellas el alma destinada al paraíso y solamente el alma.

Sus conferencias, sermones y exhortaciones, colectivas o particulares, frecuentísimamente tenían por tema la pureza, fervorosamente recomendada, enérgicamente inculcada, y con tanto sacrificio de obra y de oración ayudada a triunfar de los corazones más ardientes a quienes pedía, por amor a Dios, el heroísmo.

Art. 75.—Con frecuencia daba esta penitencia en el sacramento de la confesión: recitar la estrofa del himno "Ave Maris Stella"—*Virgo singularis, inter omnes mitis, nos culpis solutos mites fac et castos.*

Vió la miseria humana con la vista de santo, es decir, con aquella superioridad, mezcla de comprensión y de misericordia, de prudencia y de firmeza, de modo que no envilecía ni deprimía, sino que elevaba y rehabilitaba.

Precisamente porque el Siervo de Dios practicó heroicamente esta virtud él que estaba dotado de un

POBREZA HEROICA

Art. 76.—El Siervo de Dios practicó una pobreza verdaderamente heroica, después de haber abrazado el voto con plena entrega del corazón.

Entró en la Congregación Salesiana cuando en ella se llevaba una vida de no pocos ni ligeros sacrificios, y en cambio, él había abandonado una casa cómoda y una familia de holgada condición.

Mostróse siempre desprendido de todo, no exigiendo, sino rechazando, cualquier cosa que pareciese comodidad o tuviese simple apariencia de superfluo. Se contentaba con todo y no permitía que se tuviese miramientos especiales.

Art. 77.—Sentía tanto el espíritu de pobreza, que soportaba alegremente toda privación.

El día mismo que fué elegido Rector Mayor se le tuvo que buscar un sombrero que estuviese un poco decoroso, por el respeto que merecía el nuevo cargo.

Art. 78.—Inculcaba cuanto podía el espíritu de desapego y de pobreza. Escribía a los Misioneros: “Debéis sacrificar, queridos hijos míos, vuestros gustos, vuestras necesidades, vuestras costumbres, de la misma manera que habéis sacrificado vuestra patria, vuestra familia, vuestras amistades.

Sostenía que la pobreza no excluye el decoro y no debe ofender la dignidad; pero insistía en el desprendimiento interior de todo, y en esto él precedía a todos con su luminoso ejemplo.

OBEDIENCIA HEROICA

Art. 79.—El Siervo de Dios practicó heroicamente la obediencia desde sus más tiernos años. Era tradi-

ción familiar la obediencia al cabeza de familia, y la suya se componía de veinte miembros; en su seno se distinguió Felipe por su docilidad y exacta obediencia.

Art. 80.—En la Congregación y al comienzo de su vida de estudiante y de clérigo, se consideró siempre como “un bastón en las manos de su Director”, y, efectivamente, siempre fué calificado de “buenísimo” aplicadísimo”. Su obediencia fué plena y heroica, como se desprende de una confianza que hizo en una ocasión a un salesiano: “No tenía la menor intención de ser sacerdote. Religioso, sí; pero sacerdote, no. Con todo, estudié mi carrera sacerdotal, me examiné de Teología, recibí las sagradas Ordenes, celebré mi primera Misa, sólo por obediencia. Don Bosco me decía: en tal día sufrirás tal examen; en tal día recibirás la tal Orden. Y yo, vez por vez, obedecía.”

Art. 81.—En los cargos que ocupó demostró su espíritu de obediencia, siguiendo puntualmente y fielmente las directrices de sus Superiores y secundando constantemente sus justos deseos.

Siendo Prefecto General, primero con Don Rúa y después con Don Albera, daba regularmente, todos los meses, su cuenta de conciencia, acatando puntualmente sus exhortaciones y consejos.

Art. 82.—Tenía por la obediencia la misma estimación que por ella tenían los santos, poniéndola como uno de los fundamentos para conseguir el progreso espiritual; y la inculcaba siempre que se le presentaba ocasión con amabilidad y firmeza.

HUMILDAD HEROICA

Art. 83.—El Siervo de Dios practicó la humildad con verdadero heroísmo, hasta el punto de estar con-

Art. 84.—Su heroica humildad le hizo tener siempre presente la excelsa figura del Fundador, en cuyo nombre siempre obró, y atribuyendo a Dios y al auxilio del Cielo el éxito de sus empresas.

Parecía como que quisiese esfumar su personalidad para agigantar más y más la santidad del Padre.

Art. 85.—Siendo Superior, nunca mandó con arrogancia, sino con discreción, prudencia y humildad. Aceptaba los consejos de cuantos le rodeaban, y también de personas extrañas, aunque fuesen de condición humilde.

Si alguna vez le sucedía que disgustaba a alguien, pedía perdón con humildad conmovedora. En una conferencia sugería lo siguiente: “Cuando alguien está disgustado con vosotros y llegáis a saberlo, arregladlo en seguida. Así lo hago yo, tanto con los Superiores como con los inferiores, y siempre he seguido este método. Así se tiene paz y se devuelve la paz.”

Art. 86.—Tenía respeto a toda clase de personas, aun a las moralmente caídas, fiel a este principio: Se deplora el mal, pero no se desprecia al que lo comete.

Era pequeño con los pequeños. Alguna vez se le vió entretenerse afablemente con mujercitas que venían de pueblos lejanos a traer su ofrenda para las obras salesianas, sin demostrarles prisa. Lo mismo agradecía la limosna grande que pequeña.

Recomendaba a los Salesianos y a las Hijas de María Auxiliadora: “Humildad y caridad.” Con estas dos ruedas camina el carro de la Congregación y camina también el religioso por la senda de la perfección.

CAPITULO VI

DONES SOBRENATURALES

Art. 87.—El Siervo de Dios, Don Felipe Rinaldi, gozó de una clarividencia particular en la dirección de las almas, a las cuales daba los remedios oportunos.

Art. 88.—Tuvo también el don de profecía. A una penitente suya, que fué fundadora de una Congregación, le había predicho el Siervo de Dios, hacía muchos años, el camino que debía emprender y la fundación del Instituto, como dicha penitente lo puede atestiguar (1).

(1) La Profesa Maria Lazzari, Misionera de la Pasión.

MUERTE PRECIOSA
CONCURSO DEL PUEBLO
EN LAS HONRAS FUNEBRES
Y SEPULTURA DEL SIERVO DE DIOS

a) *Vida santa.*

Art. 89.—La vida del Siervo de Dios fué una vida verdaderamente santa, porque transcurrió toda ella tendiendo constantemente a la perfección, al más puro amor de Dios, vivificada por la práctica heroica de las virtudes y de un inmenso celo por la salvación de las almas.

La santidad de Don Rinaldi no fué aparente, sino substancial y fecunda.

b) *Ultima enfermedad.*

Art. 90.—Desde la beatificación de Don Bosco y debido a los muchos trabajos soportados por su celo, se acentuaron la enfermedad cardíaca que venía padeciendo y su angina de pecho.

En los últimos meses se agravaron tanto sus dolencias, que le obligaron a un reposo absoluto; pero que resultó relativo, debido a su voluntad de prestarse para sus obras y para las almas.

Art. 91.—Sólo un mes, el que precedió a su muerte, lo pasó en su habitación. Siguió recibiendo a los Hermanos, a quienes confortaba y les daba consejos.

Art. 92.—Cuando no pudo celebrar la Santa Misa,

debido a sus frecuentes ataques de asma, recibía cada día la Sagrada Comunión, hacía la meditación y se mantenía unido a Dios con la oración continua.

A los que le compadecían por sus sufrimientos, les contestaba bondadosamente: "El paraíso nunca cuesta demasiado."

Art. 93.—Tres días antes de su muerte mandó llamar a su confesor para confiarle un encargo, y hacer, desde la cama, su confesión semanal, que fué la última.

Habiéndosele dicho que en todas partes se rezaba por él, contestó: "Me place, si no sirvo para trabajar, sirvo al menos para hacer rezar."

Art. 94.—El día 4 de Diciembre de 1931 se levantó, dió algunos pasos fuera de la habitación, pero una especie de náusea le impedía hablar; sin embargo, se esforzaba por mostrarse jovial.

En el Oratorio, siguiendo una costumbre antigua, todos se cambiaban de ropa interior el sábado por la noche. El Siervo de Dios se cambió el viernes, como si previera próximo su fin. Efectivamente; dos días antes fueron a visitarle dos Superiores del Capítulo, quienes le dijeron que descansase, a lo cual él respondió: "Don Bosco nos decía que descansaremos en el Cielo..." y después añadió: "y el Cielo está muy cerca."

c) *Muerte.*

Art. 95.—El día 5 de Diciembre amaneció habiendo pasado una noche tranquila como pocas veces lo había logrado en las últimas semanas; a las 4'30 reci-

en capilla provisional. Ora sentado, ora de rodillas, asistió a la misma con piedad ejemplar.

Hacia las nueve y media conversó alegre y de diversos asuntos con su Secretario. El día anterior le había confiado haber sufrido una indecible y arcana tristeza, que no logró atenuar en todo el día, a pesar de los esfuerzos realizados.

Art. 96.—El último en hablar con el Siervo de Dios fué Don Luis Cartier, decano de la Inspectoría del Sur de Francia, el cual fué llamado por Don Rinaldi cuando pasaba despacito por delante de su puerta. Después de breves momentos, se despidió Don Cartier, por no fatigar al enfermo. El Secretario, que desde fuera seguía cuanto acontecía en la habitación del enfermo, vió que se sentaba, como de costumbre, en su sillón. Volviéndose éste a su despacho, le oyó toser, sin darle importancia, por ser como de costumbre, después no oyó nada más. Al cabo de breves instantes, habiéndose presentado el barbero, abrió el Secretario suavemente la puerta, pero no oyó el acostumbrado “adelante” pronunciado a media voz y con tono afectuoso. Pensó que dormía; y realmente el Siervo de Dios dormía el sueño eterno, habiendo entregado su alma al Creador. Eran las 10'30 del día 5 de Diciembre de 1931.

d) *Duelo general.*

Art. 97.—Transportado el sillón con los restos mortales del Padre a una habitación contigua, comenzó el afluir interminable de los Superiores, Hermanos, Hermanas, amigos, bienhechores, autoridades

y pueblo, al mismo tiempo que un eco larguísimo de pesar y de llanto se iba extendiendo por Turín, Italia y por el orbe entero a medida que iba llegando la triste noticia a través del telégrafo.

Los restos venerandos se transportaron a la iglesia, sucursal de la Parroquia de María Auxiliadora, en donde permanecieron hasta el día 8, en que se celebraron las honras fúnebres.

Fué tanta la afluencia de personal, que no hubo más remedio que montar un servicio especial para guardar el orden. Fueron muchísimas las personas que quisieron tocar sus restos y otras que hacían tocar objetos de uso personal, por los mismos, para dar satisfacción a sus deseos.

En aquella ocasión se vieron príncipes de la Sangre Real y Obispos confundidos entre la muchedumbre. Los niños de todas las Escuelas públicas de Turín, comprendiendo los de los Asilos, pasaron a rendir homenaje reverente y agradecido al Siervo de Dios. Muchísimas madres de la clase humilde, con sus hijitos en brazos, acercábanlos a aquellos venerandos restos, diciendo al mismo tiempo: "Mira, mira el santo que tanto amaba a los pequeñuelos."

Un niño de un año alargó su manecita para hacerle una caricia, y sin inmutarse por el frío de la muerte, inclinándose, le besó en la cara.

Muchísimas fueron las personas que pidieron y obtuvieron algún objeto de uso personal del Siervo de Dios para conservarlo como preciosa reliquia.

e) *Sepultura.*

Art. 98.—El día 8 de Diciembre hubo las honras fúnebres, que resultaron imponentes, ya por las autoridades que intervinieron ya por la afluencia de pue-

El día de trigésima hubo los funerales, y Monseñor Colli, que conoció y trató íntimamente al Siervo de Dios, en su oración fúnebre, le calificó de un santo digno del augurio expresado por el Papa Pío XI, cuando aquél fué elegido Rector Mayor: "Que el nuevo elegido fuese hombre por cuyo medio la Congregación de Don Bosco respondiese dignamente a su pasado, asegurando paternidad y prudencia de gobierno."

CAPITULO VIII

FAMA DE SANTIDAD EN VIDA Y DESPUES DE LA MUERTE

a) *En vida.*

Art. 99.—Dió tales muestras de virtud el Siervo de Dios desde sus primeros años, que cuantos le conocieron íntimamente, le juzgaron un santo.

Art. 100.—Señal inequívoca de su santidad es el hecho de que muchísimas personas le quisieron tener como director espiritual; y todas éstas, que mejor que otras pudieron apreciar sus eminentes y heroicas virtudes, le tuvieron constantemente en tal concepto.

Art. 101.—Muchísimas autoridades, tanto eclesiásticas como políticas, le pidieron su luminoso y prudente consejo; la última vez que estuvo el Siervo de Dios en Madrid, S. M. el Rey Alfonso le quiso en su palacio, diciendo que quería que su casa fuese honrada con la visita de un santo.

b) *Después de su muerte.*

Art. 102.—Esta fama de santidad quedó bien patente en las exequias fúnebres, que más bien parecieron una apoteosis. Su tumba se convirtió desde entonces en lugar de peregrinación.

Preguntando maravillados los guardias del Cementerio a qué venía tanta visita a aquella tumba, especialmente por parte de la clase humilde, contestaban los visitantes: “Es que era un santo; ¡nos ha auxiliado y animado tanto!”

dotes de paternidad y de virtud, en vez de disminuir, acrecentaron de tal modo su admiración y confianza, que recurrieron a su intercesión para obtener gracias particulares, siendo escuchados.

Monseñor Colli, Obispo de Parma, dijo en su oración fúnebre: "No era ciertamente en Don Rinaldi la luz sobrenatural de los prodigios que renovaba en la vida de Don Bosco las florecillas de San Francisco; no era la trascendente y espiritual transparencia de Don Rúa; ni el aristocrático perfil místico de Don Albera; no era, en una palabra, lo sobrenatural, que diciéndolo con la expresión de Pío XI, hablando de Don Bosco, parece ser natural, o lo extraordinario que se convierte en ordinario, sino lo ordinario que se convierte en extraordinario; es decir, la santidad que toma forma salesiana, o sea, espontánea, bondadosa, confiada."

D. M. A. C. T.